

F  
L  
P

---

## EL INTERINATO PRESIDENCIAL DE 1911

---

(Obra de carácter histórico-contemporánea)

Historiar todos aquellos sucesos de índole pública, que importa conocer á las razas por venir, es ardua tarea, cuando faltan las luces que informan la pluma del narrador erudito; pero en nuestro abono habremos de decir que buena fe tenemos de sobra, que, al ir desdoblado, cuidadosamente por cierto, la gestión política que nos ha tocado referir, no se irá á macular nuestra conciencia con las impúdicas desnudeces del elogio, ni á ensombrecer nuestra mente con las tintas negras de la malsana parcialidad; habremos de ir de suceso en suceso, con la seria labor de la mentalidad que analiza, buceando por donde se haga necesario en el hervir del mar político, animados de un anhelo profundo: rendir parias á la verdad.

Quién sabe en cuáles impresos ha tropezado nuestra vista con este descabellado juicio: No hay que dar fe á escritores contemporáneos de los actos que sobre personajes de la época relatan, porque tales sujetos no podrán menos que ser apasionados..... La doctrina peca de exageración y peca de contrasentido. Hay buenos y malos escritores; los buenos son honrados, los malos no

lo son. Narran los primeros en forma justiciera y los segundos en parcialidad lastimosa. Esto es todo.

Nosotros, sin presumir de bondad en nuestra labor, ajenos á la selecta casta de estilistas afamados, nos damos el concepto de buenos por lo que á nuestra notoria honradez comprende, y, así, al dar comienzo á la tarea que vivirá la vida de las letras impresas, por deferente atención para con nosotros de la Secretaría de Fomento, ya queremos hacer profesión de que en nada hemos de torturar á la verdad histórica, alejándonos de puntillos de personas para cumplir, aunque sea medianamente siquiera, la obligación en que estamos de dejar con estas páginas inmediatas algunos apuntes fidedignos para plumas de tamaños que, pasados algunos días, quieran tomar la gestión presidencial interina de 1911, llevada á término por el Sr. Lic. D. Francisco León de la Barra.

Halagado quedaría nuestro ánimo y bien pagada la perseverante empresa, si cuando apareciese este tomo, escuchásemos de labios sensatos alguna palabra de aliento.

Las deficiencias que aportemos, habrán de obedecer á nuestra impericia como escritores públicos, que no por llevar en la lid años enteros, nos ha sido posible hacer alguna cosa de provecho.—*Gregorio Ponce de León.*

## CAPITULO I

### La caída del General Díaz.—El Presidente Interino

Al comenzar el año de 1911, la República entera se debatía en los horrores de la Revolución. El movimiento estalló prematuramente en la ciudad de Puebla, el 18 de Noviembre de 1910, y tras una épica jornada para los iniciadores, la lucha pareció concluída. Dos días después, sin embargo, vinieron noticias á la capital, anunciando que graves disturbios ocurrían en el Distrito de Guerrero, Estado de Chihuahua, y que esos disturbios se relacionaban con los sucesos de Puebla y con una conjuración descubierta en México por esos días.

Acostumbrado como estaba el país á ver el aparato de fuerza con que se rodeaba el Gobierno del Presidente Díaz, y sabiendo que éste era un hombre enérgico y riguroso hasta la saña para castigar á los trastornadores del orden público, casi nadie concedió importancia á lo que ocurría, y la generalidad de los habitantes pensó que aquellos movimientos y conjuraciones pronto terminarían, pagando con sus vidas quienes osaron perturbar el reinado de la paz.

Esa creencia vino á robustecerse con la actividad desplegada por la policía para descubrir á los conjurados de México. Se hicieron numerosos cateos en las casas de los sospechosos; en todas partes se recogieron documentos que señalaban las ramificaciones de la conjuración, y por telégrafo se ordenaron aprehensiones de comprometidos, aun á los pueblos más apartados de la Metrópoli. En muchas partes se descubrieron depósitos de armas y parque, y siempre que tal aconteció se hizo

que los agentes de la autoridad practicaran investigaciones tan minuciosas, que por lo regular dieron como resultado la captura de cuantas personas habían intervenido en la adquisición, transporte y cuidado de esos elementos de guerra.

Desde hacía más de un año se notaban en la Nación síntomas alarmantes de disgusto contra el Gobierno. Esos síntomas vinieron á exacerbarse, cuando se supo que el General Díaz, siguiendo su política de contrariar el deseo de la mayoría del pueblo, había dispuesto imponer como Vicepresidente á D. Ramón Corral, hombre que era poco grato á la República. Esta imposición se hallaba en abierta pugna con las ideas emitidas por el mismo General Díaz en una conferencia que meses atrás tuvo con un periodista norteamericano, y en la cual, luego de reconocer la capacidad del pueblo para ejercitar sus derechos cívicos, había dicho que vería con gusto la elección libre de los primeros Magistrados. El descontento, ante lo que era tenido como un cruel engaño, creció de punto; pero ese descontento no encontraba un apoyo, porque no era conocido el hombre que tuviera el suficiente valor civil y personal para enfrentarse al Presidente, y reclamarle el cumplimiento de sus promesas.

El General D. Bernardo Reyes, en quien cifrara sus esperanzas el pueblo, tuvo que hacer pública su lealtad al General Díaz, y, después de esto, se vió precisado á salir del territorio mexicano para escapar con vida de aquella aventura á la que, más que sus ambiciones, lo condujeron sus partidarios. Por lo mismo, aunque los descontentos eran muchos, no había quien encabezara á los descontentos. Así pasaron algunos meses.

De pronto, por uno de esos fenómenos inexplicables

que tanto abundan en la vida de los pueblos, apareció un hombre empuñando la bandera soñada. Era un desconocido. Se llamaba D. Francisco I. Madero, y, por único antecedente, aparecía ante las masas amparado con un folleto que hablaba de libertades y de derechos, de sufragio efectivo y de no reelección. Era el folleto que se conoció con el nombre de "La Sucesión Presidencial de 1910."

Al principio, los hombres que entonces se llamaban serios, y el Gobierno, saludaron al redentor con una carcajada de burla. Se le llamó loco; se le tituló iluso, y sobre su persona se arrojaron todos los denuestos que el habla castellana atesora en su rico léxico. Pero las multitudes siguieron á Madero; iban en pos de él á escuchar su palabra que tanto prometía; su misma virilidad, en aquel medio cobarde, lo hacía simpático y le conquistaba prosélitos. Su jira á través de la República fué marcada por una serie no interrumpida de triunfos. Eso exasperó al General Díaz, que estaba acostumbrado á no ver otro hombre que mereciera iguales ó semejantes honores que él. Y, abandonando su actitud desdeñosa hacia lo que tuviera antes como pequeño, ordenó sus acostumbradas persecuciones. Madero fué preso y procesado por incitar á la rebelión.

La Penitenciaría de San Luis Potosí, fué la encargada de alojar en una de sus celdas al apóstol. Allí permaneció varios meses, hasta que en Octubre de 1910, cuando gozaba de una libertad bajo caución, pudo salir huyendo para refugiarse en la frontera de los Estados Unidos con México. Desde allá siguió trabajando en favor de su causa; pero sus trabajos, al principio, no merecieron atención alguna del Presidente Díaz, hecho como estaba este hombre admirable á que aun los más for-

midables enemigos de su Gobierno se sometieran á él ó encontraran una muerte obscura en su demanda. Pero llegó el diez y ocho de Noviembre y con él los sucesos de Puebla que vinieron á ser como un prelude de la conflagración que pronto habría de envolver al país. Esos sucesos no tuvieron en sí mismos mayor importancia que haber sido como la primer clarinada bélica que escuchó México, después de tantos años de quietud. Aquiles Serdán y muchos de los que provocaron esos sucesos, hallaron una muerte heroica, y todo pareció concluir. El reinado de la paz, impuesto por el terror, tenía que volver; así, al menos, se pensaba en todas partes.

Pero el veinte de Noviembre ocurrió la sublevación del Distrito de Guerrero, en el Estado de Chihuahua. Las primeras noticias que sobre el particular llegaron, decían que unos vecinos descontentos con las autoridades las habían depuesto por la violencia. Y, como todo indicaba que era un movimiento local y aislado, se pensó que con el envío de unos cuantos soldados bastaría para restaurar el orden y hacer respetar el principio de autoridad. Una compañía de infantes del 12º Batallón que fué enviada al efecto, sufrió un serio descalabro en el pueblo de Pedernales, y cuando eso se supo, se concedió mayor importancia al movimiento. Entonces se movilizaron más tropas.

La Nación, perfectamente preparada para una rebelión, porque el descontento era general en todas las clases sociales, no la secundó, á pesar de eso, sino cuando vió la impotencia del Gobierno para sofocarla. ¡Tanto miedo así había sabido inspirar á los mexicanos el Presidente de Hierro!

Poco á poco se fueron teniendo noticias más detalla-

das del campo de la insurrección. Ya no estaba circunscrita á un pueblo de un solo Distrito del Estado de Chihuahua, sino que se extendía á varias partes de la misma Entidad; no se trataba ahora de un puñado de hombres mal armados, sino de verdaderas masas de pueblo con suficientes pertrechos de guerra y sujetos á una disciplina militar. Pero la mayor de las sorpresas que recibieran el público y el Gobierno, en aquellos días, no fué ciertamente eso, sino la energía con que los "pronunciados" se oponían al avance de las fuerzas de la Federación, y la extraordinaria rapidez con que se movían de un punto para otro, amagando ora una población, ora otra y más tarde una tercera, poniéndose siempre fuera del alcance de las tropas, para caer sobre ellas cuando se hallaban rendidas por la fatiga de muchas expediciones estériles ó cuando eran en corto número. Algunos triunfos en escaramuzas de poca importancia que tuvieron, y que eran agigantados por la fantasía popular, así como por el continuo envío de refuerzos del Gobierno, vinieron á dar mayor fuerza á la sublevación.

Los periódicos daban cuenta de la campaña en todas sus ediciones, pero comentando siempre los triunfos de las armas gobiernistas y nunca sus reveses. La sutileza de los lectores adivinaba tras de aquello la mano oficial, que empujaba á los periodistas al ocultamiento de los hechos. Y eso, más que todo, comenzó á proporcionar prosélitos para los alzados. Aparecieron partidas de revolucionarios en Coahuila, Sonora, Sinaloa, y Veracruz, primero; y como para todas esas regiones envió sus soldados la Federación, pronto muchos Estados estuvieron desguarnecidos, y á favor de tal abandono cundió la insurrección por el Sur, por el Este y por

el Oeste. Las vías de los ferrocarriles y de los telégrafos quedaron interrumpidas, y las transacciones comerciales se hicieron imposibles. El país entero se vió invadido por las huestes revolucionarias.

Nada de esto había arredrado aún al Gobierno que esperaba imponerse por la fuerza de las armas todavía. Pero cuando tales esperanzas se abrigaban, se supo que el autor del movimiento no era otro que D. Francisco I. Madero, y que la rebelión, perfectamente organizada desde hacía varios meses, obedecía á un plan preconcebido y estaba subordinada á un solo cerebro. El pueblo de los Estados Unidos, donde continuaba sus trabajos el Sr. Madero, veía con singular satisfacción nuestra lucha intestina, y la fomentaba con su prensa, con sus "mitines" y con su ayuda pecuniaria y de pertrechos de guerra. El Gobierno americano, aunque ostensiblemente daba su apoyo al General Díaz, fué impotente para evitar las violaciones á la neutralidad, pues sin embargo de haber puesto por toda la frontera un cordón de tropas, los cargamentos de armas y municiones pasaban todos los días, y á México penetraban multitud de simpatizadores de la rebelión. La opinión pública, por otra parte, era ya notoriamente adversa al Gobierno.

Un suceso vino á infundir el pánico en las esferas oficiales. Un día se supo que en las serranías del Sur y á pocas jornadas de la capital, se hallaban cerca de doce mil revolucionarios listos para atacar á México, y ante el peligro inminente y cierto que esto envolvía, ya no cupieron más vacilaciones. El General Díaz resolvió entrar en arreglos con la revolución, por consejos de su Secretario de Hacienda, el Lic. D. José Ives Limantour. Pero antes de esto y con el propósito de atraerse á su favor la opinión pública que le era francamente ad-

versa, procuró hacer cambios radicales en su Gobierno y ampararse con los principios que proclamaban los descontentos. Esos principios eran Sufragio Efectivo y No Reelección. El Gabinete del Primer Magistrado cambió de personal, integrándolo hombres jóvenes, de ideas francamente progresistas, y entre los designados figuró el entonces Embajador en Washington, Lic. D. Francisco León de la Barra, para ocupar la cartera de Relaciones Exteriores. Se sabía poco de la vida política de este ciudadano, pero lo que se sabía era bastante para contentar al espíritu más radical: era joven aún y toda su carrera pública había transcurrido en el desempeño de cargos diplomáticos, en los que siempre se había distinguido por su discreción y talento. No estaba contaminado con los viciosos procedimientos del Gobierno del General Díaz.

El acuerdo de entrar en arreglos con la Revolución, y el envío de unos comisionados para saber el sentir de los jefes de ella, vinieron á dar un prestigio inmenso á la causa de los sublevados, y el acto, en sí mismo, se tomó como una debilidad del Gobierno y como el reconocimiento tácito de la beligerancia. Desde aquel momento el Presidente Díaz estaba perdido.

Se pactaron armisticios para la suspensión de las hostilidades y se trató como de potencia á potencia. Las negociaciones, á pesar de los esfuerzos que de una y otra parte se hacían, iban muy dilatadas y parecía que toda solución satisfactoria no sería acordada. Esto era presentido por toda la Nación, y para los revolucionarios que se hallaban prontos á intentar un ataque sobre Ciudad Juárez, aquello no pasaba inadvertido y se hacían comentarios desfavorables para quienes tomaban

parte en las conferencias. Por último, se anunció oficialmente que no se había llegado á un acuerdo.

Un golpe de audacia vino á dar fin á las últimas vacilaciones del Gobierno. Pascual Orozco, el aguerrido jefe de los revolucionarios, desoyó la voz de su jefe el señor Madero y al frente de sus tropas se lanzó al asalto de Ciudad Juárez. La lucha fué tremenda y duró varios días, concluyendo con la rendición incondicional de las fuerzas federales. Aquello fué un golpe formidable para el Gobierno; pero faltaba el de gracia, y ese se lo vino á dar el pueblo de la capital.

Desde el día veinte de Abril comenzó á decirse públicamente que el Presidente Díaz, angustiado por la dolorosa lucha que envolvía á la Patria, por causa suya, había resuelto presentar su renuncia y exigir la del señor Corral. Las dos renunciaciones se anunció que serían entregadas al Congreso el día 24, para que en el acto se discutieran. El pueblo, deseoso de que ya terminara la lucha, se agolpó á las puertas de la Cámara de Diputados para conocer el texto de las renunciaciones y saber la resolución de los Diputados. Pero, por causas que no han llegado á ser del dominio público, el envío de las renunciaciones fué aplazado. Entonces, el pueblo, supuso que se arrepentía el Presidente Díaz y trataba de seguir en el poder aunque se regaran ríos de sangre, y sobrevino una explosión de protesta. Allí mismo á las puertas de la Cámara se organizó una manifestación numerosa, que dando vivas á Madero y á la Revolución, se encaminó á la casa particular del Presidente para exigirle su inmediata renuncia. Las tropas que rodeaban el edificio evitaron que el pueblo consumara en medio de su indignación un atropello al que todavía era el Primer Magistrado del país.

Pero si en la calle de Cadena, donde tenía su residencia el Presidente, los desórdenes se redujeron á los gritos que lanzaba la multitud, en otras partes de la ciudad ocurrieron colisiones sangrientas entre la policía y el pueblo, recogándose muchas personas muertas y heridas.

Esos disturbios vinieron á dar como resultado que al siguiente día se presentaran las renunciaciones, que luego fueron aceptadas. Pero antes de que el Gobierno entregara el Poder, había llegado á un acuerdo con los revolucionarios, firmándose el siguiente tratado de paz:

“En Ciudad Juárez, á los veintiún días del mes de Mayo de mil novecientos once, reunidos en el edificio de la Aduana fronteriza, los señores Lic. D. Francisco S. Carbajal, representante del Gobierno del señor General D. Porfirio Díaz; D. Francisco Vázquez Gómez, don Francisco Madero y Lic. D. José María Pino Suárez, como representantes los tres últimos de la revolución, para tratar sobre el modo de hacer cesar las hostilidades en todo el territorio nacional y considerando:

“Primero.—Que el señor General Porfirio Díaz ha manifestado su resolución de renunciar la Presidencia de la República, antes de que termine el mes en curso;

“Segundo.—Que se tienen noticias fidedignas de que el Sr. Ramón Corral renunciará igualmente la Vicepresidencia de la República dentro del mismo plazo;

“Tercero.—Que por ministerio de la ley, el señor Lic. D. Francisco León de la Barra, actual Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno del señor General Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará á elecciones generales dentro de los términos de la Constitución;

“Cuarto.—Que el nuevo Gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad, para satisfacerlas en cada Estado dentro del orden constitucional y acordará lo conducente á las indemnizaciones de los perjuicios causados directamente por la revolución, las dos partes representadas en esta conferencia, por las anteriores consideraciones han acordado formalizar el presente convenio:

“Unica.—Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del Gobierno del General Díaz y las de la Revolución; debiendo éstas ser licenciadas á medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la paz y el orden públicos.

“Transitorio.—Se procederá desde luego á la reconstrucción ó reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas.

“El presente convenio se firma por duplicado.”

Fué en virtud de este convenio y de la presentación y aceptación por la Cámara de aquellas renuncias, que el señor Lic. D. Francisco León de la Barra se encargó de la Primera Magistratura del país. Y de las gestiones que hiciera durante su interinato y de la forma como cumplió con los compromisos que contrajera con la Revolución, vamos á dar cuenta fiel y detallada en los siguientes capítulos de la presente obra.

## CAPITULO II

### Como recibió al país el Presidente Interino

Hemos dicho que el día 25 de Mayo presentaron sus renuncias, y les fueron aceptadas luego, los señores Presidente y Vicepresidente, General D. Porfirio Díaz y D. Ramón Corral. Al día siguiente, el Secretario de Relaciones Exteriores, Lic. D. Francisco León de la Barra, otorgaba ante el Congreso la protesta legal para asumir con el carácter de interino el mando Supremo de la Nación.

La situación por que atravesaba el país al ocurrir esto, era demasiado grave. Problemas muy arduos debía de resolver, en el brevísimo espacio de tiempo que durara, el nuevo Gobierno. Uno de ellos, tal vez el principal y primero de todos, consistía en licenciar á las fuerzas revolucionarias, porque mientras permanecieran en armas constituían un amago para la tranquilidad pública y eran fuente de grandes erogaciones para el Erario Nacional, á la vez que causaban muchos perjuicios á las industrias y á la agricultura, porque las energías de sus unidades se restaban á los talleres y campos.

Después de ese problema, había otro tan difícil y de tan urgente resolución como el anterior: el exterminio del bandidaje. A favor de la lucha política, se habían levantado en armas, no persiguiendo finalidades honrosas como puede serlo el cambio de un sistema de Gobierno, sino el medro personal por medio de la violencia, numerosas partidas de gentes que por toda la República asaltaban ranchos, haciendas y á veces hasta poblaciones de importancia. Nunca, desde la época del céle-